

José Joaquín Casas

Por Vicente Casas Castañeda

Al escribir estos recuerdos satisfago un derecho de mi corazón y un reclamo de mi alma, empezando por rezar el “bendito y alabado sea Dios Nuestro Señor”, que aprendí en el hogar del cual era el mayorazgo mi hermano, el que acaba de partir. En alguna parte, mal que bien, debían quedar consignadas estas cosas, escritas al calor de mi pecho, sin orden cronológico. Valga mi buena voluntad y el sentimiento que me inflama. Siento a mi lado aquella sombra varonil e inefable, como el pobre viajero que remira el camino debajo de un roble de perenne frescura.

Pienso ahora quién escribirá la vida de mi hermano. ¡Si yo fuera capaz de hacerlo! Tengo entre mis manos la arcilla preciosa y, lo que más vale, el cariño, el amor, la gratitud, la admiración, la pasión de mi alma por aquella memoria sagrada, elemento que me redimirá quizás de la falta de conocimientos y de aquella serenidad y reposo, fruto del estudio y la investigación ordenada y perseverante. Sin ese fuego del alma inspirador y creador, ni poetas, músicos, pintores, escultores y biógrafos no habrían dejado ni podrían dejar aquellas obras que son el pasmo de las generaciones; pero, con todo, eso no basta, bien lo comprendo, y en elación mi alma da lo que puede y contempla la altura.

Lo poquísimo que yo sé, y especialmente aquello que no se aprende en los libros, sino mediante el trato con ciertas personas, se lo debo a él: de sus labios recogí sabias e inolvidables enseñanzas: su vida, en todo orden de cosas, fue un ejemplo sin mancha que me forti-

NOTA.—Hace poco se cumplió el primer centenario del natalicio de este eminente letrado colombiano cuya valía intelectual permanece vigente en la literatura nacional. Esta Revista se asocia al tributo recordatorio que la patria le ha rendido ahora y para relieves su memoria incluye en esta entrega un ensayo biográfico escrito por su hermano y que constituye un documento fiel —casi filial por lo entrañable— sobre la vida y la obra del insigne poeta y prosista, y que fue elaborado a raíz de su muerte en el año de 1952.

ficó y seguirá fortificando en los contados días de mi vida: lo amé, lo admiré, lo respeté, lo lloro con toda mi alma porque lo veía grande en todo, único, hasta en los más insignificantes detalles. Muchas veces, en medio del tráfico de esta vida moderna tan agitada y convulsiva, lo alcanzaba a ver por las calles y lo seguía sin que él lo supiera hasta alcanzarlo y ofrecerle mi brazo, y me enorgullecía, me vanagloriaba, de que me vieran con el cristiano, el creyente, el patriarca-poeta, el maestro de tantas generaciones, de patriotas y de caballeros, el venerable anciano a quien todo el mundo saludaba con respeto, con cariño, con efusión. En su lecho de enfermo estuvo rodeado en todo instante por los seres más caros a su corazón. El doctor Carlos Fajardo Herrera, el profesor Trías, el doctor Vela Díaz y dos jóvenes médicos íntimamente ligados por vínculos de sangre y amistad, como lo estaba el eminente doctor Fajardo Herrera, prolongaron su vida con aquella solicitud y esmero que la nobleza de sentimientos y la sabiduría ponen al alcance de ciertos hombres de selección, hasta el instante en que aquellas manos de infatigable sembrador, que sólo se alzaron para bendecir y para hacer el bien, se helaron entre las nuéstras. Pero ahí están aquéllas, siempre en alto, muy alto, enseñándonos el camino. El Padre Eduardo Ospina, S. J., uno de los mayores cariños de mi hermano, le encomendó su alma... "Jamás te negué, Señor". Ya moribundo, recibí aquel rocío del cielo con esa paz, con ese encanto que emana de la amistad divina. A él, a mi hermano, será uno de los que el Señor, en su infinita misericordia, le dirá el día de la cuenta: —Siervo fiel: multiplicaste los talentos que te dí, y estuve enfermo y me visitaste, desnudo y me vestiste, encarcelado y me fuiste a visitar, y tuve hambre y me diste de comer.

En la leche y el desvelo materno y en el limo y sabia dirección del venerado progenitor, en la sangre traía dones incomparables, semilla que cayó en tierra fértil: ya desde niño había sido el cantor de **María, la del piélagos y del alma**, en su templo de Chiquinquirá, se hacía lenguas del dominico Padre García, y aún no adolescente vino al seminario del cual era rector el Ilustrísimo Señor Herrera Restrepo, donde enseñaba literatura don José Joaquín Ortiz, siendo bedel de aquel claustro Carlos Cortés Lee, y luego pasó a ayudar en el primer colegio que fundaron los Padres de la Compañía de Jesús, la bendita, la amada Compañía de Jesús, donde Mario Valenzuela y otros eximios jesuitas comenzaban ya a irradiar virtud y sabiduría. Nutrido con medula y raíces, al hervor de esa alquimia, de aquella adolescencia, arranca la amistad de José Joaquín Casas con Hernando Holguín y Caro y Antonio Gómez Restrepo, y ahora, a través de tantos años, más brilla y refulge el oro radioso de aquella juventud.

Me avergonzaría de poner en las líneas que he escrito, y estoy componiendo, alguna palabra que pudiera tachar de postiza aquél que no conoció sino el oro de buena ley, y no me refiero a las alabanzas que le haga mi pobre pluma y a todo lo que a él le pertenecía, alabanzas recibidas sin duda con ese ánimo de cristiano cabal y de corazón del más enhiesto temple, sino a las expresiones de que me valga para narrar episodios de su vida. **Y** me sentiría recompensado con creces por el esfuerzo que realizo con inextinguible amor si alguno de los

que me lean pudiera decirme que al abrigo de estas líneas volvió a ver a José Joaquín Casas, ora por las calles de Bogotá, con su capa española de hidalgo y caballero sin tacha y sin miedo, o en la tribuna defendiendo y exponiendo sus ideas con resolución y donosura, o en la cátedra de la sabiduría, o entre un coro de niños, sus predilectos, lleno de gracia y atracción, o en hilera de pobres... **“dar, siempre dar, no viendo lo que damos”**, o recitando alguno de sus poemas, de sus poesías, ante un auditorio que su donaire y acción y castizo hablar, la imaginación revestía de damas de coturno y caballeros a la chamberga de los de sable al cinto; pero más grande sería tal recompensa, es demasiada ambición, el pretender que al eco de mis palabras en la casa pudiésemos prolongar la ilusión de sentir otra vez el calor de sus brazos, su voz, su mirada, que ya en su vejez a veces se asomaba a sus claros ojos, “profundos y serenos” y que al oírme exclamaran: ¡así era él!

Especialmente en los dos últimos años de su vida solía decirme estas palabras, con la mano sobre el pecho o abriéndome los brazos: “—Hombre, **mano Vicente** (él me llamaba así): dígame una cosa: ¿en qué puedo servirle?”; y me lo repetía con insistencia, a lo que siempre le contesté: “Hermano (yo lo saludaba a él así): usted ya nos sirvió a todos los de la casa; a mí me basta decir que soy hermano de José Joaquín Casas y se me abren todas las puertas: eso vale más que todo el oro del Banco de la República”. Clavaba los ojos en el suelo y, levantándolos luégo y mirándome, exclamaba: “¡Cómo es eso, hombre!” “Sí, le replicaba yo: como usted lo oye”.

Un mes más o menos antes de su muerte me dijo: “Yo no puedo morirme sin escribir un libro que voy a llamarlo: **Las ocurrencias de mano Vicente**”. Yo le repuse: “Hagamos una cosa: dícteme y yo escribo”. “No, no, respondía: en mi vida jamás pude dictarle a nadie; no puedo, no me gusta”.

Muchos, muchísimos, recordarán la forma en que ordinariamente escribía: casi siempre de pie, o sentado apoyándose sobre un libro. La última vez que lo ví escribiendo en casa de su hija Lolita preguntó: —“Díme, le dijo a ella: ¿tú ya contestaste tal invitación? —“No: ¿summerced quiere hacerlo?”, repuso Lola; y en el patio, en papel de nieve, con pulso firme y letra clara estampó una esquila perfecta y la encubiertó con aquella naturalidad y sencillez que fueron una de sus características.

“Mis hombres, me dijo un día, son: León XIII, el Libertador y el doctor Núñez”. Amó entrañablemente a “el gran viejo Ortiz”, don José Joaquín; rememoraba cómo Ortiz les contaba que el Libertador lo había tenido sentado en sus rodillas, y de pronto empezaba a recitar los versos del cantor de **La Bandera Colombiana, La Monja desterrada, La Golondrina, Los Colonos**, con aquella emoción, aquel fuego que ponía en sus palabras: **“lo que sale del alma, al alma llega”**, solía repetir este verso. ¡Don Ricardo Carrasquilla, qué hombre aquél! A don Diego Fallon le profesaba una especie de culto, como se ve en la **Semblanza** del cantor de la Luna,, y a don José Manuel Marroquín, a quien recordaba con profundo cariño.

Del Padre Mario Valenzuela hacía los más dulces recuerdos; al señor arzobispo Paúl le recitó unos versos en el cementerio, los que hoy repite con sagrada emoción el Padre Daniel Restrepo, S. J., uno de sus grandes amigos. Admiró de qué manera al arzobispo Herrera Restrepo, y yo le oí el discurso que pronunció en el seminario cuando colocaron en el salón rectoral el retrato del insigne prelado. Quiso con toda el alma al doctor Manuel María Camargo, y cuando hablaba del doctor Carlos Cortés Lee, lo que hacía con frecuencia, yo me estremecía y lo escuchaba, suspenso de sus labios, que parecían quemarse con el ascua de los profetas de Israel. ¡Y cuántos recuerdos hacía en torno de la memoria del doctor Rafael María Carrasquilla!

—“**Mano Vicente** —me dijo muchas veces—: yo no quiero morir sin escribir un libro que voy a llamarlo **Los hombres de mi tiempo**”; y últimamente deliraba con el de **Sauces y robles**. En el discurso de posesión de académico de la lengua, donde ocupó el sillón de don Rafael Pombo, se ven las columnas del majestuoso templo que no alcanzó a terminar. ¡Pombo! Contaba del vate glorioso cosas extraordinarias y cómo lo vio pasar el día en que coronaron en el Colón al autor de **Las noches de diciembre**, cuyas estrofas recitaba con primor.

Poseía en grado eminente el dón de la admiración y sabía admirar y querer, reverso de la envidia, con toda su alma, y esa admiración y ese cariño se transparentaban en todo lo que hablaba y en todo lo que escribía. Desde que nació hasta que murió fue, empleando un término ahora muy de moda, fue, repito, alérgico a dos cosas: a la vulgaridad y a la mentira. Jamás, nunca, en toda su vida tuvo una expresión vulgar; en ocasiones lanzaba algunas muy castizas, expresivas e irremplazables, según él, jamás soeces, y lo torcido, lo oblicuo, lo falso, lo mentiroso, jamás, nunca en toda su vida empañó su alma; le repugnaba su vida, fue resumiéndola en pocas palabras, un acto de sinceridad. Una de las más bellas páginas que dejó escritas es el **Palique sobre la sinceridad**, que debiera estar y algún día estará en los libros de lectura.

Fue sobrio en todo y en toda su vida. No conoció la frivolidad ni la molicie. Su cuerpo cenceño y ágil era trasunto de su alma enhiesta y desembarazada. Esa virtud, la sobriedad, lo acompañó, señoril y arrogante, hasta el último instante de su vida. Contaba él que de joven y hasta ya bien entrado en años había sido “gran fumador”, y recordaba con simpatía las marcas y los nombres de los cigarrillos y tabacos que más le gustaban. “Sí —repetía—, me fascinaba el cigarrillo; pero un día, en Loreto, agregaba, me dijo mi padre: Joaquín: mire usted cómo tiene esas manos, y eso es de fumar. Rematando así el episodio: y, con los dedos índice y pulgar, sin volverlo a llevar a la boca, tiré el cigarrillo que me estaba fumando —accionaba esta escena con perfección—, y le repuse a mi padre: ¡no vuelvo a fumar! aquel cigarrillo fue el último de mi vida. No volví a fumar”.

Sin quererlo, sin pretenderlo, sin saberlo, en todo instante, en todas partes, en cualquiera ocasión estaba enseñando: su vida fue un ejemplo: hijo, hermano, esposo, padre, amigo y patriota ejemplar. Amó a Dios sobre todas las cosas y lo confesó siempre con orgullo y dignidad, con gallardía y sin hacer ostentación.

En todas las cosas encontraba algún motivo, algún aspecto, alguna cualidad que le tocaba el corazón, su cosazón resonante como un arpa, que tenía todas las notas, que vibraba desde **El rosalito del camino** hasta en las estrofas que él interpretó con su manera de ser única en verso como los de **La botella al mar**, o los de la **María Felizia García** de su admirado Musset.

Le oí contar en varias ocasiones episodios como éste: La última vez que yo ví a Elvira Silva, la hermana de José Asunción, decía muy impresionado, fue en una corrida de toros; el circo estaba entonces en la Plaza de los Mártires; toreaba **Manchao**, torero maravilloso; la plaza de bote en bote; hallábase allí el presidente de la república don Carlos Holguín; una tarde soberbia. De pronto se presenta Elvira Silva vestida de española, con peinetón, mantilla blanca y un gajo de claveles rojos en la cabeza: el circo se iba cayendo; la corrida se suspendió por unos instantes y todos los ojos se clavaron en aquella niña verdaderamente preciosa, encantadora. No la volví a ver en mi vida. A los pocos días murió ella. Bogotá se estremeció de ternura y de pena. Y agregaba: Una noche, a eso de las diez de la noche, estando yo de Juez de Circuito en Bogotá y viniendo de hacer visita en casa de mi novia, de Margarita, tendría yo unos veintidós años —decía todo esto con detalles y mímica inimitables—, al desembocar por la calle de San Miguel en la Plaza de Bolívar, era una noche clarísima, alcancé a ver que bajaba en dirección opuesta a la que yo llevaba —la plaza estaba desierta—, a José Asunción Silva, embozado en su larga capa española y con sombrero de pelo. A los pocos pasos me reconoció y, dirigiéndose, desembozándose y con voz que aún oigo, me estrechó frenéticamente y por tres veces me dijo: ¡Juaco, qué le parece a usted todo esto! y partió rápidamente dejándome en el alma una terrible impresión de tristeza, de cariño, de angustia, de desolación. Cuando ocurrió la muerte de Silva yo me helé —exclamaba—; y me refería las muchas veces que José Asunción fue a buscarlo con cariñosa insistencia.

Hablándome de Diego Uribe, a quien tanto quería y admiraba, me contaba que Dieguito le había pedido en esos días un libro que lo “desenvenenara” del mal que otro le había causado, no recuerdo qué libro, ni quién se lo había dado. “Lee el **Peñas arriba**, de Pereda, que acaba de llegar a Bogotá”, le repuse, recomendación que Diego cumplió como se lo expresó en telegrama hermosísimo que Joaquín recordaba con el amor que le guardaba al incomparable escritor cántabro, don José María de Pereda, de quien parecía gemelo el idolatrado hermano que se fue.

“**Mano Vicente** —me dijo muchas veces—: a sus hijos hágalos leer libros serios ahora, ahora, después no los leen; que aprovechen el tiempo —repetía eso mil veces—; que aprendan historia, que tengan ideas claras, especialmente que se encariñen con la historia patria; a Posada Gutiérrez hay que leerlo, enseñarles a hablar con claridad; que aprendan de memoria trozos en prosa y versos de Bello, de Caro, de Ortiz, de Pombo, de don Belisario Peña” y se desata su voz en lluvia de bendiciones y recuerdos sobre mi papá, —“de mi padre”, decía él— el primer ministro de instrucción pública del doctor Núñez, de don Carlos Holguín, del magistrado. “Sobre mi padre, añadía, tengo yo que

escribir; ¡qué hombre aquél!”, y alargando el brazo derecho y poniéndose en actitud como para proferir una sentencia repetía: “mire, mano Vicente: el hombre más caballero que yo conocí fue mi padre”; y me refería cosas como ésta: “Estando yo de Juez, recién casado, iba una mañana hacia los juzgados que quedaban en San Francisco, por la primera calle real. El señor fulano de tal me saludó con gran atención, sombrero en mano, ofreciéndome la acera. Mi entrevista con este caballero duraría un minuto. A los pocos pasos oí que mi padre me llamaba; estaba él en la puerta del almacén de don Luis Pardo; me acerqué a saludarlo y a pedirle la bendición con el respeto de siempre, y ¿quién es ese señor que hablaba con usted?, me preguntó. El señor, tal le repuse; pues usted, me respondió muy serio, usted no puede hablar con ese señor y evite con él hasta el saludo. ¿Por qué causa?, le dije a mi padre: porque usted me ha dicho, contestó, que ese señor tiene pendiente un asunto en su Juzgado. Usted no puede hablar con él”. Y me añadió lo que sigue: “Al cabo de los años, siendo yo senador por el Departamento del Tolima, dejé de concurrir unos días al senado por asuntos de mi colegio y por algún motivo de salud; al volver, el habilitado del congreso me entregó un cheque por el valor completo de la última década; me fuí a donde mi padre y le conté lo ocurrido; no, usted no puede recibir ese cheque, devuélvalo”, y con **el Dios proveerá** de toda la vida, me dijo: “Don Juaco, váyase porque se le hace tarde”. ¡Ay del verso de Pombo que mucho saboreaba: **tánto que fue nada y que un diamante hoy es!**

Cuando publicó **Crónicas de aldea** fue a casa y le entregó a mi mamá un ejemplar con esta dedicatoria: “Consagro el primer ejemplar de esta obrilla a mi madre, doña Clarita Castañeda Fajardo de Casas Rojas, mi primera maestra de poesía”.

¿A sus hermanas, a sus hermanos, a sus hijas, a sus hijos, a cuál amó y admiró más? Yo no acierto a decirlo: los que le sobrevivimos nos miramos unos a otros y nadie osa hablar: **nadie, mas nuestras lágrimas se entienden.**

A Margarita, doña Margarita González Manrique de Casas, hija de don Venancio, el sabio humanista, par de don Rufino, y de doña Amalia Gómez Acevedo, ambos de ilustre alcurnia, la amó, la idolatró con pasión, con fervor, con frenesí. Dicen que Margarita cuando contrajo matrimonio, muy niña todavía, carácter que nunca perdió, niña matrona, era la muchacha más bella de Bogotá. Nunca Margarita se preocupó de su belleza, pero sí le sirvió para bruñir más y más la de su alma nobilísima de esposa y madre amante, en el santuario del noble hogar que ella formó con mi inmortal hermano. Si los muchos años al cabo hicieron su obra en Joaquín y Margarita, aquellos destructores no tocaron los rasgos esenciales de tan bellas fisonomías, que conservaron hasta el último día y que eran trasunto de las excelsas virtudes de padre y madre idolatrados y amantísimos, virtudes que, en su orden, a cada cual le fueron peculiares y que se perpetúan en los amados hijos de esa casa, salpicada de saucos de “su amado Loreto”, embalsamada de aromas de los valles chiquinquireños, de laureles de gloria y de flores donde se ve el amor, cosas y sitios esos que se enclavaron en lo más hondo de mi sér con sello de eternidad.

Yo no sé, yo no puedo explicar qué arte, qué secreto, qué magia poseía para decir las cosas: vaciaba en molde perfecto la idea y el sentimiento que quería expresar.

Cuando en el año 1919 vino a Bogotá, desde su santuario, la Virgen de Chiquinquirá, se puso a la cabeza de tan noble empresa: fue a traerla y con ella regresó a la Urbe Mariana: "Te vas, Reina del amor, Pastora mía", le correspondía, le obligaba por doble derecho, y había sido ya "el cantor de Nuestra Señora": **venid a meditar, ya muere el día**, ese **Canto a María** que tantos recitamos, fue con el cual inició la gloriosa ascensión al monte sacro y con las preciosas lirás de **Al desierto de la Candelaria**. El día de la coronación de la sagrada imagen, en el atrio de la catedral, por donde hace pocos días pasaron los mortales despojos de mi hermano, entre la muchedumbre que colmaba la Plaza de Bolívar, en medio de los gritos, de las plegarias, de los vítores y entre la profusión de flores que de todas partes le arrojaban a la "Virgen Libertadora", se irguió al pie del trono de "La Reina de Colombia" y pronunció un discurso tan bello, tan extraordinariamente bello, como enjoyado con esmeraldas de Muzo y diamantes y perlas y rubíes, y tan bien dicho, que sólo interrumpían aquel solemne silencio los sollozos que, "como deshecha espuma" brotaban de aquel mar humano: de pronto, dirigiéndose a la Virgen exclama: "conozco los pliegues de ese manto..."; al terminar, los familiares y amigos del poeta lo reclamábamos ansiosos, y oigo a Hernando Holguín y Caro que les decía a mis hermanas: "...no le den nada, **cómanselo a besos**". Hernando Holguín y Caro, Antonio Gómez Restrepo, José Joaquín Casas. En ese orden se fueron, trinidad gloriosa, "que según fue de sus vidas inmaculadas, deben de reposar ya en los brazos del Padre Amorosísimo".

Joaquín sobrevivió a Hernando más de veinte años, a Antonio seis; con éste vino a contraer nuevos vínculos: la petición de la mano de su hija Lolita y la concesión se hizo en sonetos que ahora no tengo. Yo les dirigí a los novios el día de sus bodas esta décima:

Bajo un glorioso laurel
hoy se posó una paloma,
no me da más el idioma
para hablar a ella y a él;
canta, vibra mi rabel;
de alborozo en mí no quepo
al campanario me trepo
y entono así mi repique:
Lolita Casas Manrique
de Antonio Gómez Restrepo.

Cuando hablaba de sus discípulos, ¿cómo enumerarlos a todos? ¡Es imposible!, con qué fervor lo hacía: su Colegio de "San Luis", en Zipaquirá, los Escobar Arocha, los Ortega; el de "El Salvador", en Chía, los de Brigard Ortiz, los del "Liceo Pío X", Uribes Grajales, Fajardo Pinzón, Michelsen Mantilla, los Restrepo Uribe. ¡Cómo nombrarlos uno a uno! ¡y sus compañeros! Manuel Antonio de Pombo, Luis Tomás Fallon, Francisco Rengifo, Roberto Morales Olaya, tantos y tantos otros a quienes tanto amó y admiró.

A veces, cogiéndose la cabeza, la hermosa cabeza esférica, plateada, sin mácula, ensortijada por los años, se ponía a decir tales cosas acerca de los amigos y los acontecimientos que presenció o en los cuales le tocó intervenir, que quienes lo escuchábamos permanecíamos en religioso silencio y siempre terminaba diciendo: tengo que escribir estas cosas, yo no puedo morirle sin contarlas. Y abriendo algún libro, sus eternos compañeros, siempre con ellos debajo del brazo, siempre los bolsillos de su gabán llenos de libros, abriendo alguno de ellos, irrumpía de pronto: “oiga **mano Vicente**”, y leía estrofas de alguno de sus poetas favoritos, de sus autores predilectos y lo hacía con aquella delectación, con aquel encanto que yo no soy capaz de describir: era que su alma se asomaba a atisbar desde la cumbre de sus afectos otras almas y otros corazones que resonaban en su interior; le fascinaba, por ejemplo, la **Oración por todos**, que recitaba en francés y en seguida la traducción de don Andrés Bello:

Cuando por mí se eleva a Dios te ruego
soy como el fatigado peregrino
que su carga a la orilla del camino
deposita y se sienta a descansar.

“El Víctor Hugo de las **Odas y Baladas** y las **Hojas de Otoño**, el del **Moisés salvado de las aguas**, el de la **Oración por todos**, ése es el nuéstro; y mire, Vicente, añadía: el genio de ese hombre, el genio poético incomparable no se encuentra sino en sus obras de poeta creyente, profundamente creyente; el arte es esencialmente religioso”; y se deleitaba explicando este concepto con citas y anotaciones y hablaba del **Poema de Dios**, del **Pensamiento de Dios**, de **La armonía general entre lo material y lo inmaterial**, de **Nuestra necesidad de adorar** y exclamaba: “ya lo dijo una “triste celebridad”, así llamó Caro a Voltaire: **si no hubiese Dios habría que inventarlo**”; y me decía: “oiga usted: Del respeto como elemento de inspiración. El respeto, forma de culto, es esencial a la religión. Deja de ser poesía aquello que no sabe respetar”.

“A este señor lo sostiene únicamente su gran corazón”, le oí decir a uno de los facultativos que lo asistieron. Hábito de aquél fueron muchos colegios como el de María Inmaculada, la casa madre, la grande, lámpara votiva que alimentan las virtudes más bellas. “Ese huerto cerrado”, “Ese rosal”, me dijo un día. Nació para educar: invulnerable en su fe, radiante de esperanza, prolongaba su pensamiento e hizo de su vida una juventud eterna por medio del trato asiduo con niños y jóvenes; todo claridad, no podía uno menos de entender lo que explicaba; irradiaba luz, bondad, gracia y se complacía, a fuer de artífice, en fijar ideas y sentimientos en la mente y el corazón de los niños. Hizo entre los jóvenes durante toda su vida el oficio de mantenedor de ideales y estimulaba por cuantos medios tenía a su alcance toda noble acción, todo propósito generoso. A este “su colegio de María Inmaculada”, “el de mis hermanas”, y pronunciaba estas palabras con sin igual cariño, fue a hacer sus clases hasta muy pocos días antes de caer enfermo; descansaba enseñando y enseñaba descansando; y el **Liceo Cervantes**, obra portentosa que realizó la nobleza y la gratitud y

el esfuerzo ejemplar de uno de sus adorados hijos, los Casas Manrique, le colmaban de religiosa emoción y de bendiciones al Dios soberano, al Creador, al Autor, a quien siempre confesó, en toda hora...

bueno es mi Dios si la cosecha es mala
y bueno si mis zarzos atiborra.

Y era como su nieto **El Gimnasio Campestre**, de los Casas Morales, que la virtud levanta y la fe, la que transporta montañas, superará en no lejanos días.

Yerran los que creen o creyeron que él fue hombre de odios y rencores políticos; en puntos de doctrina, sí, era absolutamente severo e intransigente, con los hombres no; intervino recia y denodadamente en el gobierno en circunstancias muy amargas y en horas muy difíciles; lo envolvió el torbellino en medio de la borrasca más atroz, cuando Colombia era un campamento donde se luchaba palmo a palmo, en el que nadie, ninguno de los dos grandes bandos, con invictos caudillos a la cabeza, daba un paso atrás: "con el escudo o sobre el escudo". En aquellos campos **do fue vulgar la maravilla**, como escribió Pombo, hasta el recluta, el de...

un escapulario santo
pegado al huesoso cuello,
el pobre recluta muerto

de Silva, peleaba con fulgor contagiado del coraje de sus capitanes. Jesús Casas Castañeda, de veintidós años, licenciado en derecho y ascendido a general en pleno campo de batalla por el gallardo jefe Ramón González Valencia, aquel hermano inolvidable cuya gloriosa muerte narra el escritor liberal doctor Maximiliano Grillo en su libro **Emociones de la Guerra**, y que corre impresa, aquella muerte, en las **Cartas edificantes de la Compañía de Jesús**, acababa de caer causando irrestrañable sentimiento de dolor en todos los suyos. El día en que en Bogotá se supo la muerte de mi hermano, Joaquín le pidió a Epifanio Garay que procediera a hacer el retrato del héroe, y el genio del artista vació su corazón en un lienzo admirable. La única modificación que papá le hizo fue la de que el retrato llevara el escudo **bartolino**, y así lo ostenta. "Hubiera preferido la derrota", dizque exclamó el egregio caudillo Próspero Pinzón al saber la muerte de Jesús...; "era parte de mi alma y un pedazo de mi corazón", escribió el general González Valencia, y el mismo general Uribe Uribe, lo cuenta Vives Guerra en su **Anecdotario histórico**, al saber el fallecimiento exclamó delante del Estado Mayor: "Les quitamos a los conservadores un presidente de la república".

Con excepciones que confirman la regla, todos los letrados, a través de nuestra historia, han ido a desembocar al mar airado de la política y del gobierno. Deplorable esto por el proceloso rumbo que tomaron tan fecundas y dolorosas vidas, pero a la par constituye un fenómeno perfectamente explicable: el maestro, el escritor, el orador, el poeta, al producir sus obras refleja la probidad y alteza de sus pensamientos y la hondura de su sabiduría, y son por lo tanto señalados, aclamados por la sociedad y por los pueblos como hombres guías que los

conduzcan o al menos los representen, soliendo ser ungidos con el óleo consagratorio del voto popular o por el llamamiento de los mandatarios a tomar parte en los gabinetes de gobierno y la política. Raro caso, por ejemplo, el de un Rufino José Cuervo, que apartándose sistemática e inquebrantablemente del oleaje del manejo de los hombres, consagró íntegramente su genio de humanista consumado al estudio y a la investigación. Sólo en alguna parte de su juventud lo vemos dedicado al trabajo fabril, laborioso y ejemplar, sin perder por un instante el derrotero de su estrella de sabio filólogo, y ya en su edad madura se va a París, donde muere solitario y glorioso, diríamos "en olor de santidad" con la pluma en la mano. El señor Cuervo, lo cuentan sus biógrafos, salía todas las días a comulgar a una iglesia vecina. El día que no pudo hacerlo se vistió de frac, pidió que le llevaran a Nuestro Amo y después de recibirlo con unción, reposó en el seno del Señor.

Pues bien: José Joaquín Casas, muy joven todavía y muy bien formado en los estudios clásicos y en el trato continuo con las personas más doctas de su época y caracterizadas por su diafanidad moral y su ilustración, se hizo jurisconsulto: maestro, fundador de varios colegios, pedagogo, orador, escritor y poeta, letrado, fue Juez del Circuito de Bogotá, Diputado a la Asamblea de Cundinamarca, Concejal, Representante y Senador muchas veces y por varios departamentos, Ministro del Despacho en la administración del señor Marroquín, durante ocho años Primer Designado para ejercer el poder, y últimamente representante de Colombia ante la Madre Patria; en el desempeño de tantos cargos dejó a su paso la huella de la integridad de su carácter y la excelsitud de su grandeza moral, en medio del dolor y de las contradicciones humanas, que lo aquilataron sin abatirlo. Como Ministro de Instrucción Pública, sangrante la patria, en la feroz hecatombe de la guerra civil del 99, chorreando de sangre el corazón, de entre las ruinas reabrió la universidad nacional y el histórico claustro del Rosario, fundó varias academias, entre otras la de Historia, hoy gloria de la patria, y entre la confusión y el desconcierto tuvo visión para pensar en el porvenir de las próximas generaciones, fomentando sin tregua como jefe del ramo educacional todo aquello que redundara en favor de la niñez y de las juventudes colombianas. Ministro de Instrucción Pública, fue encargado del Ministerio de Relaciones Exteriores y eventualmente del Despacho de Guerra, en reemplazo del titular, señor General Aristides Fernández.

Pasaron los años, y el día del vil asesinato del caudillo liberal Rafael Uribe Uribe, momentos después del terrible suceso, el primer discurso, la primera protesta que se levantó en el recinto de la Cámara de Representantes fue la suya; yo la presencié estando en una de las tribunas de la prensa, en medio de una tempestad cargada por los dos bandos, seguida después de un silencio solemne. José Joaquín Casas, con insuperable gallardía y elocuencia que rayó en lo sublime, apostrofó el "abominable crimen, el nefando atentado", e hizo un elogio del ilustre compatriota, con la dignidad y honradez de un adversario político, y no de cualquier adversario, circunstancia a que aludí en frases magníficas, pero antes que adversario, decía, soy cristiano, soy colombiano. Se enorgullecía, se ufanaba de su patria:

decir no sé lo que al nombrarte siento
poco es morir por lo que se ama tánto.

Por allá en los años de 1942, cuando se consumó la demolición del edificio de Santo Domingo, éste era el tema obligado de todas las conversaciones. La pica entró a roso y veloso en el secular monumento histórico: quizá, decían los arquitectos, liberales y conservadores, fue lo mejor que nos dejó la colonia; santafereños, bogotanos, historiadores, artistas, poetas, todos a una, condenaban la destrucción del edificio. En una reunión semifamiliar muy numerosa estaba Joaquín y nos contaba: “Estando yo, decía él, sirviéndole de secretario al señor Ragonessi, Nuncio Apostólico, se presentó una tarde a la secretaria de la Nunciatura y con voz muy expresiva me dijo: “vengo de conocer el claustro de Santo Doménico! Con eso tienen los bogotanos”; contaba esto con gran vivacidad y energía. De repente, habiéndose retirado del grupo de amigos y contertulios, por unos momentos, exclamó:

El claustro aquel de regia columnata,
de arcos severos y artesones de oro
que Bogotá cual su mejor tesoro...

Termina el soneto con la brava interjección que rima con el “abajo” del penúltimo verso del segundo terceto; no he logrado reconstruirlo totalmente. Parece entresacado de los de don Francisco de Quevedo y Villegas, aquellos que al cabo de los años publicó un diligente y quevedesco literato.

De viaje a España con su familia, a tiempo de partir, le obsequié yo una libreta de apuntes de viaje con esta décima:

Amadísimo te vas:
Cuánto afecto y dicha dejas,
pero al paso que te alejas
más con nosotros estás.
No se inventó el cruel “jamás”,
para tu alma el “siempre” sí,
de modo que allá o aquí
con éstos o con los otros,
siempre estarás con nosotros,
siempre iremos tras de ti.

¡España! ¿de qué tierra es nobleza?, ¡es española! Allí vivió él la realidad de sus sueños y allí dejó inolvidables huellas. Me contaba sus entrevistas con el rey don Alfonso, con Rodríguez Marín, con Benavente, con Marañón, con doña Blanca de los Ríos. ¡El Escorial! ¡El Museo del Prado! ¡La Castellana! ¡Pereda! ¡Don Marcelino! ¡El Toboso! ¡Loyola!

O cabalga detrás de Don Quijote
o no existe en el mundo el caballero

No buscó los honores y los recibió todos: “... **ni busco aplausos ni apetezco honores**”. Coronado en la ciudad de Tunja, antes de recitar su canto a Boyacá, pronunció dos bellas estrofas a la señora do-

ña Lorenza Villegas de Santos, que deploro no recordar para transcribirlas, y recibí un telegrama de Guillermo Valencia, diamantino, mar-móreo, como el genio del maestro, aquél y la respuesta son documentos que no permanecerán inéditos.

Cuando hablaba de los suyos, de la familia, de “su Loreto de Cajicá”, donde escribió **El Potro**, aquel poema tan suyo que recitaba Vilches con delectación y que dedicó al amantísimo caballero don Antonio Núñez Uricochea, grande e inolvidable amigo, o de sus valles de **El Resguardo** y la **Balsa en Chiquinquirá** y a que tantas veces alude en sus **Cantos de la Patria Chica**, dedicados al doctor Luis Eduardo Nieto Caballero, espaciaba su conversación y sus recuerdos y hablaba con fervor de tantas cosas.

Y de sus inolvidables amigos: Jiménez Samudio, don Pedro Dávila, Olegario y Pompilio Martínez, los García, los Nieto, los viejos patriarcas cajiqueños, don Luis Brigard, don Nicanor Restrepo, el doctor Santos Palma, don Moisés Bernal, Francisco Dávila, el inolvidable doctor Carlos Fajardo Casas, Francisco J. Casas, el esposo de mi hermana Anita, “la ilustre Josefa”, como decía Joaquín, el doctor Manuel María Rodríguez y siempre, indefectiblemente, iba a dar a don Diego Fallon y a tantos otros que no alcanzo a enumerar y a quienes amó, y de pronto exclamaba: doña Margarita Caro de Holguín, la madre de Hernando; y se iba por ahí a hablar de poetas, de pintores, y de música, la música la llevaba en el corazón, y amaba todo lo bello, todo lo noble, todo lo grande. Sus poemas **El Arado**, **El Arboloco**, **El Potro**, **Boyacá**, **La Misa nueva**, **Crónicas de aldea**, **Recuerdos de fiestas**, sus discursos, las traducciones!... **La torre parroquial toca al Rosario**. Esas campanas, ésas, las que hoy lo lloran, numen fueron del excelso poeta.

No le importó el dinero y no le faltó nada: era un pobre riquísimo y un rico pobrísimo. ¿El dinero?:

Extraño al mundo en que se resta y suma
sirvo a mis sueños en labor callada
hasta que el tiempo mi vigor consuma;
y al cabo iré de la final jornada
sin más poder que mi resuelta pluma
ni más blasón que mi conciencia honrada.

Bogotá, el Bogotá que tanto amó, hablando de la ciudad y de Colombia me decía en cierta ocasión: —la gente más noble y más decente del mundo está aquí—. El Bogotá a quien cantó y sirvió y representó, “la que él soñaba”, lo vio pasar por sus calles, al amparo de la Cruz, en marcha triunfal, entre unánime respeto, en su ataúd cubierto de flores, en hombros de sus hijos y de su pobre hermano, a los acordes del himno nacional, en “presenten” las armas de la república y envuelto en la bandera colombiana,

...con su firme ceño,
de un gran carácter al dolor templado
que fuera del deber no encontró dueño
y el crisol lo halló siempre inmaculado.